

# Inmortales

Simón José Aristhy



# Capítulo 1

## Inmortales

Justo al borde de un colapso, mi mente se revuelve en el caos de mis emociones, opacadas por la realidad de una vida que lentamente se disuelve en las últimas gotas de humanidad que aún quedan en mí. No confío en el prójimo, y mucho menos en mi propia especie. Solo soy un ser al que la vida le ha arrebatado ferozmente todo, salvo su "humanidad". No sé cuántas veces Dios ha intentado matarme, pero he tenido la suerte de que alguien diferente a Él quiere que siga vivo, y ha sido más fuerte que Dios. Quizás daría más problemas muerto que vivo.

Por el contrario, sigo escribiendo lo que no debería escribir y filosofando lo que está prohibido pensar. Vivo una existencia de carne y hueso que limita mi avidez de conocimiento, aunque esta ponga fin a mi dolor. Soy un Demonio que cada crepúsculo se hace más humano, aquella pizca de humanidad es la que hace que lentamente vaya perdiendo la cordura. Con ojos cafés que tienden hacia la oscuridad y pecas que en mi juventud resaltaron lo mejor de mí y que hoy solo acompañan mis arrugas, a más de diez siglos de vida he presenciado sucesos que me han tenido bastante entretenido, he visto imperios forjar y caer, he visto a la humanidad sacar lo peor. he pecado de palabra, obra y omisión. He sido testigo de cómo personas sin ideales asesinan a otras, llamándolas "enemigos" cuando su único delito fue haber nacido en otras tierras. Ambos bandos compartiendo el mismo nivel de ignorancia, ambos carne de cañón.

Y, justo antes de que la muerte me respire al oído, logré descifrar un secreto que omití toda mi vida, como una epifanía al borde de la muerte, descubrí algo que literalmente me costaría la vida: en esta existencia todo tiene un valor, y el universo se equilibra a través del intercambio. La investigación toma tiempo, el tiempo que hoy desperdiciamos será anhelado mañana: cada segundo, minuto, caricia y cada abrazo; momentos que jamás se repetirán. Cada instante fluye como un río; uno puede estar con las mismas personas el mismo día del mismo mes, pero de un año diferente. Hoy no pienso igual que ayer y mañana no seré igual que hoy. Cada momento es único y no se puede capturar en fotos. Solo tengo momentos en mi memoria, que abren una brecha en mi presente. Pierdo el control al recordar, y mi presente se pierde en el vicio del olvido.

Recuerdo palabras delicadas acompañadas de un buen abrazo, caricias en mi cabello y un roce sutil en mi barba mientras el cielo se estrellaba en sus ojos iluminados en la oscuridad de la sala. Sentados en el sofá de mi casa, el tiempo se detenía; ella se perdía en mí y yo en ella. Éramos vectores condenados, matemáticamente acercándonos hacia el infinito, destinados a jamás tocarnos. Cuántos besos me decía su mirada, cuánto

odio reprimía su corazón ya lastimado.

Ya olvidé su nombre, y su apellido no era Mejía, no vivía en un puerto, pero iba mucho más a aquel peñasco. Esa mujer era un misterio que los dioses dejaron para torturar a los demonios.

Teníamos demasiada química como para no estar juntos, pero estábamos llenos de problemas como para estarlo realmente, éramos dos razas diferentes donde ella representaba lo bueno y yo lo malo, y como una metáfora del Ying y el Yang entendí que hay maldad en lo bueno y bondad en los malos, no estábamos tan locos después de todo solo éramos los villanos de historias mal contadas.

Fui un hombre perverso en mi adolescencia, vi grandes almas caer hasta perderse en vicios, fiestas, alcohol y mujeres. Lastimé más de lo que fui lastimado y arrebaté la sonrisa de más de una mujer. Cambié vidas para mal, y ahora espero ansioso el día de mi muerte, para rendir cuentas y pagar el precio necesario para ver de nuevo esa sonrisa que iluminaba mi mundo. Sus sentimientos eran la última esperanza de la humanidad. Fui testigo de cómo un alma destruida puede apagar los sueños, y de cómo otros sueños pueden avivar las almas, como si estas fueran llamas que arden intensamente, como el sol.

En el transcurso de mi vida cambié; he vivido de todo y, sin embargo, siento que no he vivido nada. Vivo una paradoja tan incierta que, aunque creo que digo la verdad, sé que miento. Nunca fui bueno en demostrar mis sentimientos; soy más de observar y guardar distancia. El amor me parece una molestia. No me gusta decir lo que siento; de hecho, lejos de protegerme, me genera fastidio.

**Un cinco de noviembre** sería la fecha más oscura de mi vida, un día en el que el sol se asomaba con timidez en la penumbra, y el mediodía causaba más desconfianza que la media noche, cuando los demonios saldrían y el infierno se desataría en la oscuridad de aquel medio día. Fue un día en que el mundo se desmoronó, y el último rastro humano en mí pereció ante mis instintivos recuerdos. Nunca fui bueno mintiendo, pero sí descubriendo. Sabía la verdad tras sus ojos y lo que su boca ocultaba. Ella fue mía y la perdí; conocía cada parte de ella, desde sus lunares hasta sus cicatrices. No había un rincón de su ser que no hubiese descubierto, sin excepción. Conocía sus reacciones al contacto y sus estímulos al detalle. Su cuerpo era un libro que me tomó varias vidas en leer.

Sentía debilidad en su presencia, y mi piel se quemaba al contacto con ella; tenerla cerca era un dolor, y más grande aún era el dolor de tenerla lejos. El masoquismo en su estado más puro, provocado por el caos del universo que era nuestra conexión. Después de todo, yo era el caos en persona y ella el orden; éramos opuestos necesarios, pero perturbábamos el orden natural. Ella era una diosa, y yo representaba la última esperanza

de los demonios. Me negaba a combatirla, pero sentía que para eso había nacido. Mi propio clan fue exterminado a causa de mi amor, pues no pude luchar contra ella. La amaba con tal fuerza que traicione mi existencia por ella. A mis ancestros, a mi raza.

Aunque no podía resistirme después de tanto daño que me hizo, no despreciaba a los cielos, porque después de todo; ahí estaba ella.

Ella era luz, yo oscuridad. Ella era la verdad, yo la mentira. Ella era el cielo, y yo representaba el infierno. Ella volaba por los cielos, mientras yo cavaba en las profundidades del averno. Ella amaba la paz, yo la guerra. Con su partida se extinguió la única compasión que tenía por los cielos. Ahora sentía odio, odio hacia los astros que condenaron a mi clan solo por ser demonios. No éramos los villanos, pero tampoco los héroes; sentíamos tanto como los ángeles y llorábamos tanto como los humanos. Lo que muchos llaman karma, yo lo llamaba intercambio equivalente.

Fue entonces cuando pensé en traerla de vuelta, sacrificando vidas humanas como equivalencia. Sacrifique campamentos enteros, villas y pueblos fueron arrasados, pero el resultado siempre fue el mismo: un cuerpo conteniendo una esencia diferente, ojos sin luz y alas ennegrecidas. Había creado una abominación y ahora debía enfrentar el pecado de matar con mis propias manos a esa persona que alguna vez juré amar. No era ella, aunque tenía su cuerpo, era una desconocida la cual le sabía su nombre, sus metas y sus aspiraciones y conocía de pies a cabeza sus inseguridades, en fin, era una extraña.

No todas las vidas tienen el mismo valor, entendí entonces. Cada humano vivió su vida de una forma única, y eso da un valor especial a sus existencias. A diferencia de mí, los humanos son efímeros; su humanidad se agota día tras día, lo que les da un valor que no puede compararse con la inmortalidad. Por amor, sacrifiqué lo que odiaba y perdí lo que amaba. Ahora, mi inmortalidad está condenada a vivir en un ciclo de castigo, envidiando la capacidad de los humanos de sentir y de vivir cada instante.

Nunca fui bueno escribiendo libros de amor; mi vida es una tragedia de relatos que me duelen contar. Solo puedo escribir letras que me hieren, tomar licores que me hacen olvidar y esperar algún castigo divino que libere mi alma condenada, incapaz de vivir la vida que realmente quiero. Después de todo, un demonio nunca será un ángel.